

Por [Gabriela Quintana Ayala](#)

Cada mañana abría su cortina, su vista se perdía en la lejanía mientras sentía la amenaza que lo acechaba. Los días que quemaba el sol, lo miraba lejano, se tornaba yermo. La lluvia alteraba su ladera, verde y terrosa, olía a muerte. Un día tenía nieve y otro no. La espuma blanca de la cima le ayudaba a apaciguar su zozobra. Cuando lo veía exhalar humo blanco iba deprisa al supermercado a comprar latas de comida para tres meses. Pensaba que este instinto le salvaría la vida en caso de explosión.

Detrás de la ventana, una tarde, vio nubes de humo negro como bombones de chocolate oscurecer el horizonte, flotaban como pintando el viento alrededor del cráter. Momentos más tarde el volcán hizo una pequeña erupción de rocas y material ardiente. El hombre sintió su pecho encogerse mientras observaba unas líneas como ríos de lava cicatrizar a pocos metros de la cúspide. Puso su mano arrugada en el cristal y el vaho de su boca fue cubriendo la vista. Los minutos se contaban con los centímetros de lodo descendiente. El fin estaba cerca. Se dirigió a la cocina y revisó sus provisiones, solo quedaba una lata. Guardó sus documentos con algunas llaves en una bolsa de plástico, arregló su casa y se vistió con sus mejores ropas. Caminó hacia su despacho a paso lento. Desde el umbral miró el estante lleno de libros, algunos cuadros, y se dejó caer en su silla de cuero. El ruido de los pájaros arremolinados en los árboles de su jardín lo sacó del silencio. Encendió un habano y dibujó con una bocanada los mismos bombones de chocolate por encima de su escritorio. Sacó la bestia negra del cajón y la dejó en la mesa. Acarició su frialdad mientras seguía exhalando al mismo ritmo de aquella amenaza. Cargada, la sostuvo firme en su sien. El estruendo hizo retumbar las paredes. Los pájaros callaron. La tierra se movió bajo sus pies. Tres horas más tarde, el Popocatepetl se enmudeció por varias décadas.